

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 39 (2012)
Heft: 4

Artikel: Historias de amor tras el telón de acero
Autor: Lettau, Marc
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908537>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 02.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Historias de amor tras el telón de acero

A mediados de los años 50, en Europa del Este, el ejecutivo suizo Marcel Cellier negociaba con regímenes comunistas sobre envíos de minerales para la industria metalúrgica suiza. Al mismo tiempo, mostró al mundo occidental, en plena Guerra Fría, cuánto podían conmover las melodías del Este, acercando a los europeos occidentales los cantos gitanos húngaros, el sonido lastimero de la zampoña rumana y las armonías con un gusto arcaico de los coros femeninos búlgaros.

Por Marc Lettau

Esta escena podría verse en cualquier salón acogedor: se oye en la radio un programa de discos solicitados por los oyentes, de los altavoces resuena una zampoña, la dueña de la casa dice: «¡Ah! ¡Zamfir!» Y él dice: «¡Exacto! Zamfir con James Last». En los hogares suizos, hace decenios que el músico Gheorghe Zamfir, virtuoso de la zampoña, que hizo su carrera musical en la Rumanía comunista y totalmente aislada, es conocidísimo. En los vestíbulos de los hoteles y en los centros comerciales se recurre una y otra vez, como en los conciertos a petición de un oyente, al sonido esférico de su zampoña. Y, muy probablemente, en las estanterías de la mayoría de los hogares suizos también se encuentran un par de discos de «Le Mystère des Voix Bulgares». Hasta al beatle George Harrison le encantaba el coro femenino búlgaro y sus sonidos abstraídos y arcaicos. Retrospectivamente, quizá «Le Mystère des Voix Bulgares» haya sido el ejemplo más exitoso de la «Worldmusic». En 1990 incluso se le rindió homenaje con el Grammy-Award. Pero también los jóvenes suizos se sienten ahora atraídos por el Este. En la discoteca, la mezcla de música de los roma de Europa del Este y las pequeñas estrellas de los Balcanes se considera «hip». Y cuando se anuncia un concierto de música de instrumentos de viento de los Balcanes, también los jóvenes se vuelven locos. Resumiendo: Suiza sigue siendo muy receptiva a la música del Este.

Desde el Mar Negro hasta el Báltico

El principal responsable es Marcel Cellier. Este suizo de 86 años es considerado el descubridor y promotor de la música de Europa del Este. Durante casi medio siglo, Cellier, junto con su mujer, Catherine, ha hecho grabaciones en Europa del Este. Durante treinta años, el programa de radio «Desde el Mar Negro hasta el Báltico» – en la Radio de la Suiza Francesa, ofrecía una panorámica de los descubrimientos musicales de Cellier durante sus viajes. Doce años seguidos se emitió



Catherine y Marcel Cellier de jóvenes y ahora, en su hogar de Chexbres



la serie radiofónica de Cellier «Pueblos, canciones, bailes» en la Radio de Baviera. Las cifras delatan al melómano: desde 1950, los Cellier recorrieron juntos tres millones de km en Europa del Este en la posguerra, haciendo durante sus viajes más de 5.000 grabaciones.

Ahora, Marcel Cellier dice: «Ya no me gusta viajar. Ya no tengo que viajar». Y añade que le basta con la satisfacción de «mirar por la ventana y admirar la belleza de Lavaux». La pareja vive en una casa de campo de ensueño rodeada de viñedos en Chexbres, en el cantón de Vaud, y viaja con el pensamiento. Tiene vistas al lago de Ginebra, los Alpes de Saboya, viñedos y su propio jardín repleto de flores. Cellier disfruta sin el menor atisbo de remordimiento de conciencia fumando un cigarrillo – y más adelante bebe una copita de St. Saphorin, o dos. Y es que, al fin y al cabo, este vino se hace prácticamente a las puertas de su casa.

Preguntas obligadas a este nuevo sedentario: ¿Por qué, Sr. Cellier, se pasó usted medio siglo sin parar de acá para allá, haciendo acopio de tesoros musicales? ¿Cuál era su motivación? ¿Qué se considera? ¿Etnólogo musical? – Da la impresión de que las preguntas no le interesan demasiado. Uno hace lo que hace: «desde luego no se trataba de una misión, no quería convertir a nadie». Se supone que la respuesta es simple: Él no era un teórico, sino un hombre de acción, un colaborador, un hombre ávido de descubrimientos, un entusiasta. «Y me encanta

compartir con otras personas todo lo que encuentro fabuloso, lo que me entusiasma». Catherine Cellier encuentra una fórmula más breve para definir a su compañero de vida, con el que comparte «su felicidad desde hace más de 60 años» que llevan juntos: «Él habla a través de la música, se comunica a través de la música, vive la música.»

Su primer amor: la flauta dulce

Cellier vivía y vive la música que al principio no tenía derecho a vivir plenamente. Se crió en el estricto círculo religioso del Movimiento de los Hermanos (darbistas), totalmente alejado de cualquier disfrute, y vivió la música como fuente de conflictos. Y aunque a los cuatro años le regalaron una flauta dulce, cuando se esmeró por tocar con ella un bailecillo de Leopold Mozart, se le dejó claro que la música de baile no era aceptable. Cellier: «Bastaba una zarabanda para acabar siendo un hijo perdido». Y eso que este hijo hizo todo lo que se esperaba de él: estudió diligentemente, hizo un aprendizaje en un banco, se estableció en su profesión hasta ser apoderado, desde 1950 logró lo que se suele considerar hacer carrera. Se convirtió en la mano derecha de un comerciante de minerales, ascendió muy deprisa y pasó de administrativo a subdirector. Compraba tras el telón de acero minerales metálicos luego procesados por empresas suizas como Von Roll, Fischer, Von Moos, Monteforno o talleres metalúrgicos como los de Dornach, hasta convertirlos en productos de primera

calidad. Actuó de intermediario en consorcios estatales de materias primas de la Unión Soviética, negoció con «combinados» (consorcios estatales comunistas) polacos y rumanos e hizo intensas y penosas negociaciones con productores de mineral de cromo en la Albania maoísta. Y si bien comerciaba con silicio, cobre y manganeso, dice Cellier, luego descubrió una auténtica mina de oro: «la música folclórica todavía viva.»

Su segundo amor: Catherine

¿Así que un viajante de materias primas, negociando muy hábilmente, explotaba, además de yacimientos de minerales, los tesoros culturales del Este? Más bien lo contrario, ya que en primer lugar, pese a sus sueños truncados con la flauta dulce, era más músico que comerciante de materias primas – trombonista en el Ejército, trompetista del grupo de Neuchâtel «New Hot Players», violoncelista en un terceto de cuerda y organista. En segundo lugar, Cellier viajó al principio por Europa del Este sin fines comerciales – sólo por Catherine, por amor, por el placer de viajar y su desbordante alegría. Catherine Cellier: «No nos conocíamos, pero una tarde se dirigió a mí y me dijo que quería hacer un viaje conmigo.» Ella reaccionó con escepticismo a esta forma tan directa de plantearlo.

Pero unos meses después, la pareja se monta en el Fiat Topolino y sale de viaje – con destino a Estambul. El viaje acaba siendo un tanto desastroso, por culpa del infernal papeleo, los formularios y las solicitudes de

visados en plena posguerra europea. El coche es confiscado y precintado por los aduaneros búlgaros. La pareja se las arregla para seguir en tren. Catherine actúa de periodista y describe para el diario bernés «Bund» desde la perspectiva de una chica joven la opresiva tristeza detrás del Telón de Acero. En 1952, dos años después, hacen un segundo intento – que conlleva una experiencia clave. En el aparato que se han llevado oyen en Radio Skopje, Radio Belgrado, Radio Sofía y Radio Bucarest algo hasta entonces inaudito: voces evocadoras, intervalos aparentemente disonantes y diafónicos, ritmos asimétricos, instrumentos inusuales. Y ya no hay vuelta atrás: desde entonces, los Cellier cargan durante años con un pesado magnetofón de 35 kg y siempre están abiertos a encuentros con músicos.

El tercer amor: El compás 45/16

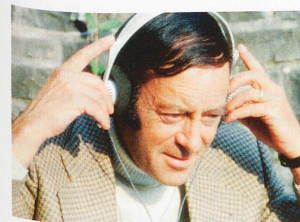
Irse, simplemente salir de viaje, rumbo al Este, en el Topolino: Este es también el mensaje de la obra clave «Los caminos del mundo» del escritor de la Suiza francesa Nicolas Bouvier. Viajar para conocerse a sí mismo, para huir de la estrechez del hogar. «Exacto», dice Catherine Cellier, «un libro estupendo y conmovedor. Para mí una especie de Biblia.» Una Biblia porque si bien los Cellier salieron de viaje un año antes que Bouvier, fue éste quien supo expresar en palabras la esencia de un viaje así.

El resto se cuenta rápidamente: los Cellier se adentran cada vez más en la música de

aquel entonces de Europa del Este, descubren bailes búlgaros con un compás del 45/16 y se emocionan: «Los búlgaros pueden bailar porque en vez de contar bailan.» El ansia de los Cellier por estos mundos de sonidos les arrastra una y otra vez hacia el Este – entre tanto ya no en el Topolino, sino en un sólido Mercedes Benz con una ventaja decisiva: en los Estados comunistas de Europa del Este, incluso la élite política apuesta por la calidad de este coche, así que es fácil encontrar piezas de repuesto.

«Lady Madonna» encabeza la lista de los mayores éxitos

1968 – los Beatles encabezarán con «Lady Madonna» la lista de los mayores éxitos en Suiza durante trece semanas – Cellier conoció en Bucarest al joven intérprete de zampoña Gheorghe Zamfir y se quedó hechizado por su gran expresividad. Pero cuando el músico se disponía a «malgastar su talento en un café», Cellier reaccionó enérgicamente y le llevó a la Suiza francesa, con consecuencias de gran alcance: en la iglesia de Cully tocaron los dos en menos de una hora las composiciones de un LP, el titulado «Flûte de Pan et Orgue». Zamfir tocaba la zampoña, Cellier el órgano. Los 2000 LPs se quedaron cortos. De esta combinación de instrumentos hasta entonces desconocida y calificada por la firma discográfica de «desatino comercial» se vendieron 1,5 millones de copias. Cellier y Zamfir dieron totalmente en el clavo. Incluso «Picnic at Hangig Rock» (Peter Weir, 1975), el hito de



Marcel Cellier presentando su programa de radio en 1973

la historia cinematográfica australiana, la película que tematiza el abismo que separa a los colonos europeos de los misterios de la antigua Australia, se basa en esta música. Australia aplaudió. Las salas de conciertos de la isla continente estaban abarrotadas. Y Zamfir, que fingía con gusto ser un solitario pastor, se vio encumbrado. Zamfir y Cellier. Zamfir y James Last. Zamfir y Ennio Moricone («Once upon a time in America»).

Un Grammy para sonidos arcaicos

Paralelamente, en sus emisiones radiofónicas Cellier hablaba entusiasmado de la magia de los coros búlgaros y editó un álbum titulado «Le Mystère des Voix Bulgares» (1975), saciando así el ansia de los que suspiraban por una música arcaica y pura. Cellier mostró cómo los coros de Tollbuchin, Sofia y Plovdiv modernizaban el repertorio de canciones arcaicas de una forma extremadamente vanguardista y artística y que el auténtico embrujo radicaba en la simbiosis entre elementos antiguos y modernos. Pero

el público prefería sentirse transportado en el tiempo a un mundo puro de tonalidades medievales. «Le Mystère des Voix Bulgares – segundo álbum» desbordó todas las expectativas de Cellier: en 1990 se le concedió en Los Angeles el Grammy-Award. El aficionado quedó desbordado por este éxito. Warner Brothers y Polygram se encargaron de la comercialización de esta exportación musical exitosa de Bulgaria. A partir de entonces, «Le Mystère» hizo giras por todo el mundo, y entretanto, el orden social comunista se desintegró en la cuna de los coros – sin misterios, pero fulminantemente.

Una disonancia

¿Se trata entonces de la obra de toda una vida, puramente armónica y poética? No, dice Marcel Cellier, y explica que ha tenido sus bemoles, como todo el mundo. No ha asimilado el gran distanciamiento de Gheorghe Zamfir, ese músico que se balancea ahora en la angosta arista entre el genio y el delirio de grandeza, empujado por el deseo de liberar al mundo de «sonidos satánicos» gracias a su zampoña. Ese ha malgastado toda su riqueza material, y ahora tiende a considerarse el prototipo de la «mina de diamantes explotada».

Cosas asombrosas suceden también en el mundo del canto: el coro femenino de la Radiotelevisión Estatal de Bulgaria decidió a mediados de los años 80, llamarse en lo sucesivo «Le Mystère des Voix Bulgares». Querían beneficiarse del viento de cola que había desencadenado Cellier con su colección – que, no

LA PELÍCULA TRAS LAS HUELLAS DE MARCEL Y CATHERINE CELLIER

En el nuevo documental suizo «Balkan Melodie» (Melodía de los Balcanes), de 2012, el cineasta Stefan Schwieterz presenta la biografía y la historia de amor de Marcel y Catherine Cellier y sigue el rastro de las estrellas de la música de Europa del Este mundialmente famosas en aquellos tiempos. Gracias a los encuentros con el intérprete de zampoña Gheorghe Zamfir y con las cantantes de «Le Mystère des Voix Bulgares», la propia película se convierte en una parte de la historia contemporánea y nos hace tangible la forma en la que la «música popular» es interpretada, apreciada, acaparada, comercializada, transformada y desechada a lo largo del tiempo.

www.cineman.ch/movie/2012/BalkanMelodie/

MARC LETTAU es redactor de «Panorama Suizo»



Marcel Cellier con músicos rumanos en 1961



Marcel Cellier con jóvenes músicos en la Escuela de Música de Bucarest



Gheorghe Zamfir y Marcel Cellier al órgano